

Carlos Rojas



El ingenioso hidalgo y poeta
Federico García Lorca
asciende a los infiernos

Premio Eugenio Nadal
1979



El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos narra las aventuras de Federico García Lorca en el infierno, que se le presenta como una espiral infinita de salas de teatro, en cada una de las cuales se representan las memorias de los condenados, quienes no pueden comunicarse entre sí. García Lorca reconstruye su último día en Madrid con Rafael Martínez Nadal y su decisión de refugiarse en casa de la familia de Luis Rosales, en Granada, donde fue detenido por orden del gobernador civil del Alzamiento Nacional. También recuerda sus encuentros con el torero Ignacio Sánchez Mejías y con José Antonio Primo de Rivera.

García Lorca conoce también dos futuros alternativos: uno en el cual se mantiene escondido durante cincuenta años y otro en el que decide quedarse en Madrid, es evacuado a Valencia junto a Antonio Machado y, tras pasar por Francia, se instala en los Estados Unidos como profesor de literatura española, se enamora de una mujer y rechaza el Premio Nobel de Literatura.

La novela quiere asemejarse a una sonata en cuatro tiempos, correspondientes a sus capítulos: La espiral, El prendimiento, El destino y El juicio. Esta sonata es finalmente compuesta por Marina, esposa de Sandro Vasari. A ellos, personajes habituales de Rojas, está dedicado el libro.

El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a Carlos
los infiernos Rojas

A Marina y Sandro Vasari, con la gratitud, de C.R.

La espiral

Yo creí que los muertos eran ciegos, como el espectro de aquella gitana, en un poema mío, que abocada al aljibe del jardín no veía las cosas cuando la estaban mirando.

Me equivocaba. Para los muertos todo es presencia unánime, a una distancia siempre inalcanzable. Cuanto vivisteis, cuanto pensasteis, cualquier quimera fantaseada en la tierra, se hace a un tiempo posible e inasequible en el infierno. Basta evocar un hecho o un sueño, para que de inmediato se represente, con acabada precisión, en este teatro casi a oscuras donde peno a solas quizás eternamente.

Imaginad una soledad acaso interminable, en una gran platea que no comparto con nadie. Por dos tragaluces, en los muros tapizados, viene una luz muy fría entre ámbar y alabastro. Apenas perfila los respaldos de las butacas vacías, cubiertas a su vez de terciopelo ceniciento. Con el tiempo y en estas sombras casi cerradas, me habitué a distinguir el escenario, con su larga embocadura y su profundo proscenio. Allí los telones de boca y de fondo permanecen siempre alzados o acaso no existen. En las tablas —las tablas reales— se hace presente lo ausente, cuando la voluntad conjura espejismos de recuerdos, de lecturas o de ensueños. Si os dijese cuanto volví a presenciar y pudieseis oírme, creeríais que los muertos estamos locos.

Veo ahora mismo, pues así lo quise, la aurora boreal sobre el lago Edem Mills, encendiendo bancos de peces rojos, al pie de una junquera nevada de caracolillas, como la contemplé en verano de 1928 o de 1929, cuando mediaba agosto. Veo a aquel hombre de las cavernas, el mismo que pintó el bisonte de Altamira y fue en nuestro mundo el es-

cultor nazi Arno Breker, después de encontrarlo Julio Verne en mitad de una novela suya y en el centro de la tierra. Siempre al resplandor de aquella aurora, que prende la noche y los peces con su rojez más ardiente, veo a Julio César (un Julio César que siempre imaginaba parecido a Ignacio Sánchez Mejías) recitando dísticos blancos de satánica soberbia: «Prefiero ser el primero en un aldea a ser el segundo en Roma».

En la misma barajada de recuerdos redivivos, aparecen visiones de otros ensueños míos, a la orilla del lago y en mitad del escenario. Veo a Aquiles, el de los pies ligeros, pederasta a su vez por amor de Patroclo. Signos antes de que concibiesen a César y en alguna lectura de mi adolescencia, aprendí lo que le dijo a Ulises cuando bajó a visitarlo en el infierno: «No quieras consolarme de la muerte. Es preferible servir a un mendigo que reinar sobre todos los muertos».

Sólo ahora, muerto y en este teatro, comprendo de dónde plagiara César aquel dístico blanco, después de deformarlo a la medida ampulosa de su soberbia. En último término, supongo que a esto se reduce siempre el poder en la tierra: a un plagio. En otras palabras, que son las de los sabios de la Real Academia de la Lengua Castellana, al vasallaje de los hombres libres en esclavos o al rapto de los siervos ajenos para hacerlos propios. Nada más pero tampoco nada menos. Sabedlo.

Con voz venida de las oscuras raíces del grito y desde este rincón de la eternidad, quisiera chillaros el desespero de Aquiles en el reino de las sombras. Deciros bien alto y aunque no podáis oírme que es mejor ser el más bajo de los hombres, el pordiosero, el aprendiz de verdugo, el lacayo o el déspota todopoderoso, a ser el rey de los muertos. Un monarca anterior al tiempo, a la luz, al espacio y al mismo silencio, un soberano absoluto y eterno como la nada, dueño y creador del infierno, quien debe reinar sobre to-

dos nosotros, los muertos, aunque desconozcamos su nombre y su rostro.

Cualquier instante de mi vida fugitiva y arrebatada, cualquiera de estos momentos, ahora presentes e imposibles en el escenario de la sala, es preferible a la inmortalidad en el infierno. Aunque los muertos no tengamos nada ni seamos nadie, lo daría todo por revivir de veras la más simple o la más terrible de aquellas horas huidas, inclusive la de mi propia muerte a manos de mis semejantes. Volver a pisar con mis pasos, aquellos que fueron la medida de mi libertad pues pude darlos o no, el arco iris del asfalto de Manhattan, después de las últimas lluvias del verano, mientras la calzada se enciende en larguísimas estrías resplandecientes, que parecen de ágata en el crepúsculo. Arroyos deslumbrantes, al pie de la cola de obreros parados en espera de la sopa boba de Al Capone, junto al refectorio de San Patricio. Volver al Café Alameda, donde vi a Ignacio Sánchez Mejías por primera vez en la tierra, antes de que las gentes y el orgullo nos separasen. Oírle decir de nuevo: «¿Sabes tú qué repuso Pepe-Hillo, ya gordo, envejecido y castigado por la gota, cuando le aconsejaron dejar los toros? Me iré de aquí a pie, por la puerta grande y con las entrañas en las manos».

La magia del albedrío en el infierno encarna aquellos recuerdos en el escenario. No obstante los destellos del pasado siempre son pintados y no vivos. Si subo al tablado, tantas veces confundido por su aparente verismo, se desvanecen a mi paso inmediatamente. Como huye una fata morgana antes de pisarla, o se convierten en ceniza los vampiros a la hora del alba. El proscenio y la escena están vacíos, bajo la embocadura y los telones alzados. La luz de los tragaluces, aquella que recuerda la del ámbar o la del alabastro, sólo ilumina mi sombra en las tablas. La sombra inútil de un muerto, a solas en la eternidad con el espejismo de sus memorias.

En verdad tampoco hubo encuentro de Ulises y Aquiles en el Hades. Se limitó a soñarlo un ciego para nosotros. La muerte es un confinamiento solitario, donde a cada muerto corresponde la sala vacía de un teatro, en la espiral del infierno. De ahí la tragedia de la inmortalidad, ante el espectáculo de lo vivido: no poderla compartir nunca con nadie, como si yo fuese el único hombre que ha pasado en vano por la tierra. O al revés, como si fuese el único muerto del mundo. Imaginad a Robinson en su isla, o mejor aún imaginadlo en la cabeza de un alfiler, percatándose súbitamente de que en mitad de la noche y del universo permanece completamente a solas, como si fuese la conciencia culpable de todo lo creado. Éste es el destino de cada uno de nosotros.

Vosotros los vivos, los que acariciáis el lomo de un gato o de una mujer y veis el centelleo de las rayas de la mano, teméis la muerte por creerla la pérdida de la conciencia. ¡Tal vez éste sea el mayor sarcasmo de la razón humana, en el vacío de un firmamento irracional! No alcanzaréis a concebir jamás el martirio de vivir eternamente despierto. Ahora yo sólo quisiera renunciar a la inmortalidad. Dormir al fin y dormir para siempre, libre de palabras, de memorias y aun de sueños. «Ahora es preciso dormir», dice Byron en su agonía, al volver su perfil de moneda romana en aquel camastro de Misolonghi, donde muere inútilmente por la libertad de un pueblo. DORMEZ, rezaba la lápida de una fosa común de guillotinado en nombre de la razón y de los derechos del hombre.

¡Vanidad de vanidades de una especie que no ha sido siempre humana y acaso esté destinada a dejar de serlo! ¡Escogida desde un tiempo anterior a todos los tiempos, para convertirse pasado mañana en los peces del lago Edem Mills que encendía la aurora boreal, en la noche de Vermont! Estáis condenados a ser inmortales. A perdurar despiertos, insomnes y a solas por siempre jamás, porque esta nada donde fundirse y acabarse no existe. ¡No ha exis-

tido nunca y éste es el mayor sarcasmo de nuestro destino!
¡Sabedlo!

«La muerte me aterrera», les dije una vez a Rafael Alberti y a María Teresa León, no sé si hace años o siglos. Estábamos los tres en pie, en una cardencha florida y ante el castillo de Maqueda. En su luminosa juventud, bajo el sol de un domingo resplandeciente, ambos parecían venidos de un retablo florentino. Alberti sacudió aquel perfil suyo, que al igual que el de Byron dijérase troquelado en sestercios imperiales. Replicó que él vacilaba al pensar cuál sería el mayor de dos horrores, la incertidumbre de nuestra suerte en la muerte o su interminable eternidad. Le atajé y repuse que cuanto pudiese sucederme después de muerto, así fuera la nada, la lúcida dicha aguardada por fray Luis de León, o el propio infierno de los medievales, me era indiferente. Mi pánico, mi pavor absoluto, reducíase a la pérdida de mi yo: a la renuncia inevitable de cuánto y de quién había sido hasta entonces. Jamás hubiese podido imaginar, como acaso no lo ha concebido nadie en el mundo, que la muerte era precisamente la condena a ser quien fuimos, con plena conciencia de nosotros mismos, a través de todos los tiempos y acaso más allá de los días y de los siglos.

Aquella noche, pensando acaso en Rafael y en María Teresa en mitad de la cardencha, escribí uno de mis sonetos del amor oscuro. Supe que luego lo interpretaban como un poema de amor al hombre, porque en mi tierra nunca se juzgó a derechas a nada ni a nadie. En realidad era la expresión de mi viejo terror, tal como lo expresara ante el castillo de Maqueda. La desesperación ante la certidumbre, sentida entonces, de que un día dejaría de ser quien fui entre mis semejantes. En fin de cuentas, la poesía sí era de amor irrevocable aunque el amado fuese yo mismo: aquel pobre ser de conciencia ardiente, como una cerilla encendida en el centro del mundo, condenado a desaparecer y a negarse. Así lo creía yo entonces, aunque en el infierno me ría al recordarlo.

También me río y avergüenzo del poema, que como otros míos podría recitar de memoria. Decía allí que si el frescor del hilo y la hiedra dieron norma al cuerpo perecedero, aquel que me arrebatrían con la vida, mi perfil devendría un largo silencio sin rubor de cocodrilo en las arenas de la eternidad. La expresión irracional, única adecuada a la insensatez de mi destino humano, se remansaba en formas de apariencia más inteligible en los últimos tercetos. Rimando llama con retama, manifestaba que mis besos ataridos no serían de fuego en la muerte sino de seca ginesta helada. Libre de medidas y de unidades (con un asomo de resignación bastante insincero), me auguraba invisible y dividido entre las yertas ramas y las dalias doloridas.

En verdad, el infierno es un desierto muy distinto del esbozado en aquel soneto. Es una espiral, quizás interminable, donde a cada muerto corresponde un teatro vacío con los telones alzados. Del mío puedo salir cuando me plazca por la puerta de tableros, que se abre al toque de la palma y al final de la sala. Afuera repecha un pasillo de unos diez pasos de ancho, que a veces anduve hasta postrarme la fatiga, parte de un arco cuyo radio no concibo, pues la cuesta del suelo, con ser cierta, casi no se advierte. De la corvatura en pendiente, deduje que un número infinito de revueltas seguíanse unas a otras sobre el mismo centro. En los muros del corredor repítense los tragaluces de la sala, bastante alejados pero equidistantes. La misma luz de criboberilo, venida no sé de dónde, mantiene en idéntica penumbra la platea y el pasaje cubierto.

A veces paré a pensar en las dimensiones del infierno. Crecerá indefinidamente, en revueltas siempre más abiertas, añadiendo nuevas salas para cada recién llegado. No ha de cerrarse hasta que aquí acuda el último de los hombres y para entonces la espiral tendrá el tamaño del universo. No me preguntéis por qué ni cómo he llegado a semejante cálculo. Nunca pasé de sumar con los dedos ni de multiplicar con raya tirada y aspás por signos; pero juraría

haber acertado las dimensiones del infierno. Concluido y clausurado, será tan alto y tan vasto como el firmamento. Aun cabría decir que entonces representará otro firmamento, invisible y paralelo al de nuestros cielos y constelaciones, vacíos de hombres.

Como los tragaluces del pasillo, los teatros de esta espiral son equidistantes. Corredor arriba, a unos centenares de pasos de mi platea, hay otra idéntica con el mismo escenario abierto al fondo. Estuve allí en diversas ocasiones; pero nunca distinguí a nadie en aquella sala, antes de cobrar la certeza de que cada muerto es invisible a los ojos de los demás en el infierno. Quienquiera que allí pare, pues presiento que alguien cumple condena en aquel sitio, tampoco evocará las memorias de su vida o de sus sueños con demasiada frecuencia, pues el tablado permanece siempre vacío, al fondo del proscenio y encima de la orquesta. Aunque nosotros no alcancemos a distinguirnos los unos a los otros, tal vez en virtud del designio que nos somete a esta soledad, sí son perceptibles las visiones de nuestros recuerdos o los recuerdos de nuestras quimeras, cuando se representan en las tablas.

El teatro siguiente, réplica del anterior y del mío como una lágrima copia a otra lágrima, sí sirve de escena a representaciones. Alguien consume allí la eternidad, desviviéndose en extraños recuerdos. Por la embocadura sin telones, detrás del proscenio, aparece una ciudad hiperbórea. Una de estas ciudades bálticas, olorosas a sal y a sol, de un fulgor tan brillante y tan irreal que hiere la vista bajo el vuelo perezoso de las gaviotas. Torres, ventanas, árboles y nubes relucen como piedras preciosas en el fondo de un delirio. Rojos son los tejados de las casas, sobre los cuales descenden graznando las gavinas alikebradas, mientras a lo lejos huye hacia el sur una bandada de cigüeñas. Sobre un estanque helado se deslizan los trineos de los niños, tocados con gorros de lana escarlata. Por la orilla pasean caballeros de altas chisteras y monóculos prendidos a la solapa con

largos cordones dorados, escoltando a mujeres rubias y blancas, de ojos azules y manos ocultas en manguitos de pieles. Empiezan a prenderse las luces en las bohardillas, bajo los techos inclinados. Duendes soñolientos, huyen de mala gana a esconderse debajo de las camas y en el fondo de los arcones de cedro. En grandes cajas de madera labrada, dan la misma hora todos los relojes, mientras un anciano sonriente tuesta castañas en el brasero de un salón, que ilustran cornucopias y bargüeños dorados. En otra estancia, un estudiante de lacias melenas, delgadísimo, enlevitado y con polainas, recorta muñequitos de papel con una tijera de sastre para una niña, mientras se aroma el ámbito de perfume a saúco. En una tienda encristalada, un zapatero lustra unas botas y canta mientras trabaja. Es la suya una melodía triste y lánguida, que habla de los amores de las raíces cuadradas por la mandrágora, en las tierras del mediodía donde los hombres no creen en Satanás. A lo lejos cruza una manada de renos, de astas torcidas, los befos rosados de frío, la pelambre cubierta de escarcha. En una cabaña dos cazadores se calientan las manos ateridas, sobre una marmita donde hierven semillas de eucalipto. El resplandor de muchas nieves les ha atezado el rostro y visten zamarras de cuero, con curvas navajas colgadas al cinto. En un mesón del puerto, pescadores de ojos verdes y prietas barbasas beben cerveza negra. Son anchos de espaldas, aunque un tanto corcovados y largas cicatrices les respuntan las palmas. La testa disecada de un oso polar les mira desde el muro, con sus pupilas de cristal rosado. En el mismo retablo viviente y por la escalera de un campanario, trepa un elfo enfundado en una camisa de noche demasiado larga, mientras el pico de la cola resbala por las huellas y contrahuellas de los peldaños. Lleva una bujía prendida en una mano y un paraguas de oro en la otra. Al hombro los cepillos y las escobas, un deshollinador cruza la calle empedrada de guijarros pulidos. Va ataviado de negro, la altísima chistera de charol alemán hundida hasta las cejas,

como Raskolnikov antes de sus crímenes. Pasa ante la estatua de bronce de una pareja de reyes, cuya sombra interminable se extiende por el hielo hasta el centro del lago. Los monarcas se abrigan con armiños, bajo los cuellos escarolados, y empuñan cetros entre las manos cruzadas sobre el pecho, como las figuras yacentes de otros soberanos acostados sobre sus tumbas. Las gaviotas se posan sobre sus hombros y el viento del Báltico les azota los rostros impassibles, mientras cae la tarde por el cielo de ámbar.

Todo cambia ahora súbitamente en el escenario. La ciudad se ha convertido en una villa italiana, acaso del Renacimiento. Junto a un ventanal, un caballero contempla el crepúsculo y bebe distraído un vaso de oporto. La barba entrecana recortada le confiere cierto parecido con algún personaje de Veronese en *Las Bodas de Caná de Galilea*. Acaso con el Aretino, que allí mira los cielos consumado el prodigio. En un sillón frailuno, de brazos labrados y cuero ennegrecido, se sienta una anciana enlutada que acaso sea su madre, a juzgar por su vaga semejanza. Entre los encajes de los puños, se adivinan sus manos diminutas y blancas, surcadas de venas azules. En la diestra estruja un pañuelo de Malinas, mientras increpa a aquel hidalgo en un alemán que no comprendo. El mismo atardecer asalmonado resplandece en los ventanales del taller de un pintor, donde posa un cardenal. Su boca tiene el gesto implacable de quien ha visto los espectros de los papas envenenados, deslizándose en adviento por los laberintos de la rosalera vaticana. Sus hábitos flamearán muy pronto en la penumbra, como ascuas avivadas por el vendaval, mientras rebri llan los ojos oscurísimos bajo las cejas. En torno a una mesa de mármol macizo, como cuentan que la tuvo Blasco Ibáñez, trece ediles vestidos de velludo intrigan en voz baja. Tienen las manos y los rostros idénticos, como trece mellizos. Por la calle pina, baja al galope y picando espuelas un jinete sudoroso. Ante la puerta de una venta, una moza del partido, entrada en carnes y despechugada, le llama riendo

por su nombre con los brazos en jarras. A su paso le atraviesa la cara de un trallazo, sin detenerse. Detrás de la ciudad se abre un paisaje de viñedos. Las cepas trepan por las laderas de los cerros, cortadas en terrazas de tierra roja como el cinabrio. Más lejos pasan los mirlos sobre un pinar, que perfuma el aire a resina y mieles. Abejas amarillas se posan en los bancales, donde florecen el hinojo, el tomillo, el sándalo y el poleo. Chirría una nube de vencejos y una serpiente se adentra entre los brezos. Bueyes cansinos y blancos, pringadas las ancas de costras pardas, negros de moscas los lagrimales, vienen por la vereda arrastrando una carretada de heno. Los conduce un muchacho adormilado, descalzo y desnudo de torso, tarareando un aire en un italiano que tampoco comprendo. Por la plaza desfila un piquete y redoblan los tambores, mientras flamean las enseñas milanesas y vaticanas. Mosquetones al hombro, daga al cinto, calzas acuchilladas, cascos bruñidos, corazas relucientes, barbas y sonrisas mercenarias, la tropa se abre ante la iglesia. Por el portón abierto aparécese una mujer en cueros, de carnes tan claras como si se desvistiese por primera vez a la luz del cielo. Su mirar es de espiritada, que acaso olvidara sus propias visiones o tal vez cegase al contemplarlas. El pelo renegrado se le derrama por los pechos y la espalda, en tanto que los soldados le rinden armas con los arcabuces alzados al sol de una tarde, tan luminosa como la de Corpus Cristi. El gentío se apretuja a su paso y brama enfervorizado: «*Viva, viva la ragione nuda e chiara!*» (¡Viva! ¡Viva la razón desnuda y clara!).

Quienquiera que pague el pecado de nacer o para el caso de morir en esta sala, merecería hermanarse conmigo en los infiernos. Así lo presiento primero y deduzco después, a juzgar por las quimeras que convoca en el tablado de su teatro. Está escrito sin embargo que los muertos no alcanzaremos a vernos ni tampoco a oírnos en las plateas de esta espiral. ¡Cuántas veces no le llamé en vano, entre las butacas vacías, mientras cruzaban por la escena los ca-

balleros de altas chisteras, los duendes soñolientos, los reyes con gorguera escarolada, las cepas de las terrazas, las nubes de mirlos o el piquete de *condottieri*! «¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te dijiste entre los hombres?». Mi voz suena agrandada por un eco, que le presta el tono de un barítono sochantre; pero nadie me oye y nadie me responde. Sólo desciende y queda el silencio.

No quisiera, en cambio, verme ni hablarme con el condenado de la próxima sala. Es decir, la tercera después de la mía, cuesta arriba por la curva de la espiral. Advierto ahora que siempre preciso el lugar, como si quisiera exorcizarlo. Al igual que el salvaje, cuando el tiempo era aún tierno, pintaba sus monstruos en las cuevas para aprisionarlos. La sala me fascina y aterra, por razones que nunca, ni aun en el infierno, osaría explicarme. Aquel teatro es idéntico a los otros; pero en cuanto lo piso me sobrecoge un frío a cementerios escarchados. Por la boca del proscenio se aparece siempre la misma escena: un paisaje de pinedas, robledos, chopales, donde florece la jara, que reconozco de inmediato. Es el Risco de la Nava, por la parte de Cuelgamuros, entre la Portera del Cura y el Cerro de San Juan. Cerca andarán la Mujer Muerta y la Pedriza. El panorama no cambió mucho desde los días de mi adolescencia o de mi primera juventud. Tampoco habrá mudado gran cosa desde otro siglo, cuando Felipe II escogió el solar de El Escorial, entre la cumbres de los Abantos y aquella que llaman su silla en la roca, pasados el Cervunal y las Machotas. Sólo los bosques se espesaron un poco, con el paso de los años por los montes. La mayor novedad, la única a mis ojos, es la cruz más grande que viera en mi vida desafiando los cielos sobre el Risco de la Nava.

En las cuatro aristas de la peana gigantesca, se encaran cuatro estatuas de los evangelistas. Son de un grandioso mal gusto que aturde el ánimo. En el arranque de la cruz se levantan unas mujeres, que supongo serán las virtudes teologales. También ellas hieren la piedra y el paisaje